

CONTRASTES

Revista Internacional de Filosofía

Volumen XII (2007) • ISSN: 1136-4076

SUMARIO

ESTUDIOS

- Susan Haak* La integridad de la ciencia: significado e importancia
Jesús Alcolea Razonamientos no rigurosos y demostraciones
Rafael Cejudo El debate entre P. Pettit y A. Sen sobre la libertad
Antonio Diéguez La relatividad conceptual y el problema de la verdad:
Ricardo A. Espinoza Deleuze y Zubiri...en torno a una lógica de la
impresión
Javier Franzé La polémica de Strauss y Voegelin con Max Weber
José García Leal La condición simbólica del arte
M^a T López de la Vieja Los argumentos resbaladizos. El uso práctico
Angel Puyol Filosofía del mérito

DEBATES

- M^a Luz Pintos* Gurwitsch, Goldstein, Merleau-Ponty. Análisis de una
estrecha relación

NOTAS

- Roberto Augusto* La antropología filosófica de Schelling
Antolín Sánchez Cuervo El humanismo de Eduardo Nicol en su Centenario
Alicia Villar Muerte y pervivencia en Unamuno

MATERIALES DE INVESTIGACION

- Gemma Muñoz-Alonso* Anatomía de la investigación filosófica: claves
prácticas para la elección del tema

INFORME BIBLIOGRAFICO

- Juan Carlos Velasco* Un solo mundo o la perspectiva de la justicia

UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

Muerte y pervivencia en Unamuno

ALICIA VILLAR EZCURRA
Universidad Pontificia Comillas

Recibido: 18.02.2007 Aprobado definitivamente: 14.05.2007

RESUMEN

Unamuno fue un escritor polémico, un auténtico agitador de conciencias, que empleó el arte de la provocación como arma para despertar del sueño de la inconsciencia. Esta es la actitud que el escritor español adopta ante el problema de la muerte, tal como es planteado en « Del sentimiento trágico de la vida». En este artículo se analiza el deseo de pervivencia en Unamuno, distinguiendo lo que él llama el «mínimo» de pervivencia deseable, y el «máximo» de inmortalidad imaginable. Asimismo, se aborda la ética que se desprende de ese sentimiento trágico de la vida, pues Unamuno convierte a la experiencia del sufrimiento compartido, la compasión, en la fuente de la moral, como ya hicieron Rousseau y Schopenhauer.

PLABRAS CLAVE:

UNAMUNO, MUERTE, PERVIVENCIA, COMPASIÓN, SENTIMIENTO TRÉGICO

ABSTRACT

Unamuno was a controversial writer and, wielding the art of provocation, he sought to stir readers from a perceived state of unconsciousness. The Spanish writer's «The Tragic Sense of Life», which discusses the question of death, exemplifies such approach. This article examines Unamuno's desire to survive, drawing a distinction between what he calls the «minimum» survival desirable, and the «maximum» immortality imaginable. Moreover, it explores the ethical bearing that can be inferred from the tragic sense of life; as Unamuno, with clear echoes of Rousseau y Schopenhauer, presents the experience of common suffering or compassion as a source of morality.

KEY WORDS:

UNAMUNO, DEATH, SURVIVAL, COMPASSION, TRAGIC SENSE

I. INTRODUCCIÓN

EL PAPEL DE UNAMUNO COMO ESCRITOR: DESPERTAR AL DORMIDO

Unamuno fue un escritor polémico que no quiso callar lo que otros muchos callan. Advertía que, con demasiada frecuencia, el ser humano huye, corre y se enreda en un activismo febril, con tal de no «sentirse a sí mismo»¹, con tal de eludir lo más intenso e íntimo, por el esfuerzo que exige llegar a ello. Es la llamada «pereza espiritual».

A su juicio, a lo largo de la vida, el mundo deposita capas de aluvión² en nuestro espíritu, capas que nos envuelven, ahogan nuestro interior y llegan a convertirnos en cáscara vacía, en puro caparazón. Entonces, por un extraño proceso de petrificación, se genera una extraña insensibilidad por los problemas esenciales y un excesivo afán por lo superfluo³, insensibilidad que tanto a Unamuno, como a Pascal, asombraba e irritaba.

Para romper esa dura costra que ahoga el espíritu e impide crecer de dentro a fuera, en ocasiones y por «suprema misericordia», no cabe más despertar al dormido. Y así, como Kierkegaard, a quien llamaba «hermano espiritual», la tarea de Unamuno como escritor fue entrar en contacto real con su lector⁴, a quien interpela de continuo para que él mismo se cuestione su propia existencia, bajo los parámetros más profundos. Quiso suscitar ideas y sentimientos para que el público⁵ dejara de serlo y pensara por su cuenta⁶. Antes desconcertar que «adormecer con canciones de cuna»⁷.

Por tanto, Unamuno declara la guerra a la superficialidad⁸ y no vacila en poner al desnudo su propia alma, aunque ello le suponga asomarse hasta el

1 Estas referencias son constantes en su *Diario Íntimo*,

2 Miguel de Unamuno, *Nicodemo el fariseo*, en *Obras selectas*, Madrid, Plenitud, 1950, p. 963

3 El propio Unamuno reconoce haber estado en esa situación en algún periodo de su vida: «... Vivía dormido, sin pensar en tales cosas, perdido en mis proyectos y mis estudios, confiado en la razón, como viven otros. Vivía alegre y animoso, sin pensar en la muerte más que como se piensa en una proposición científica y sin que su pensamiento me diera más frío ni calor que el que me da el del que el sol apagará un día...» *Diario íntimo*, O.C., VIII, pp. 836-836

4 En muchas ocasiones, al igual que Kierkegaard (*Obras del amor*), confiesa que se conforma con llegar tan sólo uno de los sus lectores. En el *Del sentimiento trágico de la vida*, increpa continuamente a su lector.

5 Miguel de Unamuno, «El desinterés intelectual», *La Nación*, Buenos Aires, 3 marzo 1903, O.C., vol. VIII, p. 287

6 Miguel de Unamuno, «Manuel Machado y yo. Arabesco tópico paradójico» *El Imparcial*, Madrid, 5 de enero de 1914., O.C., vol. VIII, Madrid, Escelicer, p.307

7 Miguel de Unamuno, «Macanas de Miguel», *La Nación*, Buenos Aires, 4 de junio de 1907, O. C., p. 247

8 *Ibidem*

fondo del abismo y reconocer los irreconciliables conflictos entre la razón y el sentimiento vital⁹. Como otros pensadores, precisamente aquellos que más le interesan: Agustín, Montaigne y Rousseau, investiga su yo concreto, personal, viviente y sufriente y se convierte en el espejo en el que el lector puede reconocerse¹⁰.

Él, que también había pasado, durante muchos años por el cientifismo, aceptaba que calificaran a su pensamiento de pura poesía, incluso de mitología. Unamuno, al igual que Schopenhauer, Nietzsche y Kierkegaard, fue un crítico de su propia época que prefirió buscar la verdad¹¹ y no la razón de las cosas¹² y exploró los problemas radicales de la existencia, aún a riesgo de no ser entendido por la mayoría. Insistía en que se había pasado muchos años repitiendo unos pocos temas fundamentales, pues estaba convencido de que quien piensa con el corazón, crea sentimientos para siempre¹³.

Quiso profundizar sobre la experiencia del sufrimiento, sabiendo que al igual que el dolor físico nos hace experimentar nuestro cuerpo, el dolor espiritual, la angustia, nos permite darnos cuenta del alma¹⁴ y nos lleva a descubrir la interioridad y la individualidad, despertando del sueño de la inconsciencia. El pensamiento que no nos duele es un pensamiento muerto, es un puro esqueleto¹⁵; en cambio, de noche y a oscuras es como uno puede a llegar a ver en desnudo su alma¹⁶.

9 Miguel de Unamuno, Cap. VI *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982, p. 121

10 Miguel de Unamuno, «Sobre mí mismo (pequeño ensayo cínico)», *El Imparcial*, Madrid, 24 de noviembre de 1913, O.C., Vol. VIII., p. 300. En algunos escritos, con cierta ironía, reconoce que *habla de sí mismo por el ser el hombre que tiene más cerca* y es así como ejemplariza sus asertos de aplicación general a la condición humana. Cfr. «Ganivet y yo», *La Nación*, Buenos Aires, 29 junio 1908, O.C., vol. VIII, p. 250.

11 Cfr. Su artículo *Mi religión* (1902)

12 Esta oposición entre la razón y la vida, o entre la razón y la fe se explica por las ideas predominantes en su tiempo. Como indicó José Luis Aranguren, en su momento, por una parte imperaba el positivismo y el cientifismo que pretendían dar cuenta de lo real. Por otro lado, la fe católica parecía haber olvidado la proclamación del misterio para caer en una excesiva racionalización que Unamuno llamaba abogacía escolástica. Entre una idolatría a la razón y una teología escolástica, convertida en una cadena de silogismos, Don Miguel no encontraba más salida que la antítesis y el abismo (J.L. Aranguren, *Unamuno y nosotros*, en el libro: *Unamuno. El escritor y la crítica*, Edición de A. Sánchez Barbudo, Madrid, Taurus, 1980, p. 67)

13 Miguel de Unamuno, «El dolor de pensar», (*La Esfera*, Madrid, 7 de agosto de 1915, O.C., vol. VIII, Escelicer, Madrid, 1970, p.

14 Cap. IX *Del sentimiento trágico de la vida*, Colección Austral, Espasa-Calpe, Madrid, p. 184.

15 Miguel de Unamuno, «El dolor de pensar», *La Esfera*, Madrid, 7 de agosto de 1915, p. 347

16 «Escribo con al sangre de mi corazón, no con tinta neutra. Mis pensamientos, muchas veces contradictorios, mis dudas, mis anhelos, no son redactados como redacta un Secretario

Este es el horizonte desde el que Unamuno se plantea el hecho de la muerte, o más bien, su voluntad de vivir y su negativa a «morirse del todo», tema que recorre su obra *Del sentimiento trágico de la vida* y que aquí aludiremos. Su rechazo a la perspectiva racional de la aniquilación del propio yo, visceralmente vivido, le hace plantearse todos los modos posibles de pervivencia. No excluye el máximo imaginable, ni renuncia al mínimo aceptable, que es pervivir, al menos, en la memoria de los otros. Y así, busca la respuesta en el lenguaje poético y la metáfora, más allá de la razón, donde el deseo, la imaginación y la creación se funden. Pues a su juicio, la filosofía, la verdadera filosofía, la contemplación de nuestro destino, está más alta y es más honda que la poesía misma¹⁷.

II. EL ANSIA DE NO MORIR

Unamuno es un pensador trágico, que se rebela contra el propio destino como los griegos, y busca el equilibrio entre dos extremos: el deseo de pervivencia y la certeza racional de la propia muerte y aniquilación. Su vocabulario en este punto es amplio y tanto se refiere a la pervivencia, como a la sobrevivencia y sobre todo al ansia, al «*hambre de inmortalidad*», o al «*inmortal anhelo de inmortalidad*»¹⁸. Así, aunque recurrió al vocabulario propio de la tradición platónica cristiana, su propósito era bien diferente.

De hecho, sorprende comprobar que las expresiones empleadas para referirse al deseo de pervivencia sean términos como «*apetito*», «*hambre*», «*ansia*», «*sed*», todos ellos referidos a nuestra dimensión corporal. Lo que él llama «*alma*» es un término que designa la conciencia humana en su integridad y no una entidad o sustancia espiritual, separable del cuerpo. Pues el hecho que le preocupaba era el de la muerte individual del hombre de carne y hueso, cuestión que se convierte en problema central, en la medida en la que la propia esencia de nuestro ser consiste en querer persistir¹⁹.

A su juicio, el ansia de no morir es la base afectiva de todo conocer y en el íntimo punto de partida personal de toda filosofía humana que busca la finalidad de las cosas, la respuesta al para qué. Ese punto de partida personal y afectivo de toda filosofía y de toda religión, es llamado por Unamuno el sentimiento

de Comisión sus conclusiones» («El dolor de pensar»,. *La Esfera*, Madrid, 7 de agosto 1915. O.C., vol. VIII, p. 347

17 «Divagaciones vacacionales», *La Nación*, Buenos aires, 25 de julio de 1914, p. 328. En algunos momentos, considera que la literatura y la poesía puede convertirse en un poder más revolucionario que la ciencia. *Castelar*, El día gráfico, Barcelona, 22 abril, 1915, O.C., vol. VIII, p. 342. Cap. III *Del sentimiento trágico de la vida*.

18 Cap. III *Del sentimiento trágico de la vida*

19 Reconoce que lo que llamamos vida espiritual se alimenta precisamente de nuestro recuerdo por perseverar y de nuestro pasado por hacerse porvenir (Cap. I *Del sentimiento trágico de la vida*).

trágico de la vida, que nace de la lucha entre el corazón que dice sí y la cabeza que dice no, de una razón empeñada en morder el «cogollo del corazón»²⁰.

Su obra *Del sentimiento trágico de la vida*²¹ se orienta, como indica Pedro Cerezo, a esclarecer el alcance de este sentimiento vital, más que a tratar de demostrar la pervivencia del alma, esto es, sus reflexiones pertenecen al ámbito de la búsqueda del sentido.

III. LAS DIFICULTADES PARA IMAGINAR LA PROPIA ANIQUILACIÓN

Es sabido que Unamuno coincide con Spinoza en considerar que cada cosa, cada ser «*en cuanto es en sí, tiende a perseverar en el ser*». Pero Don Miguel advierte que el ser humano no es una cosa, es algo concreto, unitario, sustantivo. Y precisamente en virtud de ese principio de unidad, todo lo que conspira a romper la unidad y la continuidad de mi vida, conspira a destruirme.

El escritor español pensaba que eludir o ignorar la proximidad de la muerte era «*vivir en el sueño de la vida*», ya que comprender la vida exige acogerse a la luz de la muerte que es su término natural y su fin. Sin embargo, reconoce que existe un problema real para representarnos la propia muerte, incluso para imaginárnosla. Nuestra conciencia supone la representación de ideas y es siempre conciencia de algo, por ello ¿cómo representarnos la ausencia de representaciones, como concebir lo inconcebible, cómo imaginar la ausencia de imágenes? La dificultad de esta experiencia es descrita por Unamuno de un modo elocuente:

«...Imagínate lo más vivamente que puedas que de pronto te quedas ciego y que luego, cuando ya vas consolándote de tu ceguera con las impresiones de los demás sentidos, te quedas sordo; y que luego pierdes el tacto y el olfato y el gusto y hasta la sensación de tus propios movimientos, quedando como cosa inerte a la que ni el suicidio le es posible por no poderse servir de sí mismo. Aún te quedan tus pensamientos, tu memoria, aún puedes vivir en tu pasado. Pero he aquí que hasta tus pensamientos empiezan a abandonarte y, privado de sentido no puedes sustituirlos ni renovarlos, y se te van liquidando y se te evaporan, y te quedas con la mera conciencia de existir y, hasta ésta pierdes, y te quedas, que ya no eres nada, y ni aún queda la conciencia de tu nada...»²²

20 Conclusión. *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 269

21 A juicio de P. Cerezo esta obra es un escrito de inspiración poética. Cfr. P. Cerezo, *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y Tragedia en Miguel de Unamuno*, Madrid, Trotta, 1996

22 Cap. III *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 54

Imaginarse la propia muerte, supone prescindir del propio yo que es quien imagina, de ahí que absoluta aniquilación resulte incomprensible y no podamos concebirnos como no existiendo. Sin duda, soy capaz de concebir e imaginar fácilmente la destrucción de las cosas o incluso de mi propio cuerpo, pero tropiezo con la imposibilidad de que mi conciencia, siempre conciencia de algo, se conciba como no existiendo²³ y a sí misma se niegue. Dicho en términos kantianos, mi conciencia es la condición de posibilidad de cualquier representación, incluso de la de mi propia destrucción. De ahí que Unamuno hable de la tortura y del horror de la sepultura espiritual²⁴. A su juicio, causa «congojósimo vértigo imaginarse como no existiendo»²⁵.

Hay además otra dificultad para aceptar la propia muerte. Pues si un día he de volver a la nada, si un día se ha de acabar toda conciencia personal sobre la tierra, ¿para qué ésta?, se pregunta. Si todas las obras humanas, la belleza, la justicia, los avances de las ciencias han de acabar en la nada y no existirá conciencia humana que las reciba ¿qué valor hay que asignar a este juego de apariencias? ¿qué clase de realidad es aquélla que perece? ¿es real lo que no es eterno? Don Miguel reconoce que el descubrimiento de la vanidad de la realidad, ha sido un tema recurrente que ha inspirado a la poesía, desde tiempos inmemorables. Por ello, está convencido de que la cuestión de saber qué será de nuestra conciencia después de la muerte, es la «cuestión humana» por excelencia, es el problema que preocupa al hombre de carne y hueso, al que nace, sufre y muere, sobre todo muere²⁶.

IV. LAS FORMAS DE PERVIVENCIA

A juicio de Unamuno, la razón no es capaz de ofrecer pruebas concluyentes de la inmortalidad. Bien es verdad que a lo largo de la Historia se han presentado múltiples pruebas y argumentos, pero a juicio del escritor español no son más que pura «abogacía», defensa de una tesis aceptada de antemano. Estas pruebas sólo pueden ser admitidas si se aceptan sus premisas, de ahí que no quede más salida que el escepticismo racional.

Pero el término «escepticismo» significa para Unamuno, como para los antiguos, investigar, lo que explica que él siga indagando, aunque por otras vías,

23 Es curioso observar que, en este punto, Unamuno no haga referencias a la diferencias de mentalidad entre Occidente y Oriente, mucho más familiarizado con la evocación de la nada y la idea de nirvana.

24 Cap. XI *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 242

25 Cap. III *Del sentimiento trágico de la vida*

26 Cap. I *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 25

sobre lo que considera un problema eterno. El escepticismo, en su caso, no es indiferencia, ni plácida distensión, sino que actúa como un excitante que no disuelve el problema, sino que le incita a desplegar su imaginación, en búsqueda de otras respuestas posibles. No sucumbe a la rigidez de la indiferencia, ni deja que se entumezca su sensibilidad. Las razones no siempre pueden anular los deseos, sobre todo en el caso de que los deseos expresen la propia esencia de nuestro ser: perseverar en el ser con duración indefinida. No tienen intención de dar opio, más bien al contrario, pues prefiere *«poner vinagre en las heridas del alma»*²⁷.

No es de extrañar que Don Miguel se aleje de las doctrinas de los griegos que prueban la inmortalidad, porque además nos escinden de nuestra dimensión corporal. Tampoco le convencen las pruebas de los filósofos modernos, pues no sólo no resultan convincentes racionalmente, sino que ni siquiera satisfacen sus deseos reales de pervivencia. Él no aspira simplemente a que su espíritu separado del cuerpo sea inmortal, lo que realmente desea es seguir viviendo, seguir perviviendo. Ni siquiera le satisface las soluciones panteístas, pues al decir que, al morir, volvemos a Dios, se renuncia a la conciencia humana, a la propia individualidad. Lo que en rigor anhela para después de la muerte es *«seguir viviendo esta misma vida, pero sin sus males, sin el tedio y sin la muerte»*²⁸.

Esta es la confesión que el principio de veracidad, la sinceridad con sus propios sentimientos, exige a Unamuno. Por ello, considera que la idea de la resurrección cristiana, de la resurrección también de la carne, sería la repuesta a nuestros anhelos reales. Recuerda en este punto, lo que se llamaba *«locura del cristianismo»*, frente a la aparente seguridad de las pruebas tomistas, y así construye su propia teoría, sin identificarse ni con los meros razonadores, ni con los ingenuos creyentes, pues no puede pretender tener *«fe de carbonero»* quien no lo es.

Aún reconociendo que la razón humana prueba, dentro de sus límites, que la conciencia individual no puede persistir después de la muerte del organismo corporal del que depende, Unamuno aboga por recorrer los límites de lo racional, y acceder a lo irracional, lo soberracional o lo contrarracional²⁹, convirtiendo en creadora a la propia incertidumbre. A la hora de expresar sus anhelos reales, sin poner límite ninguno a esta exploración, el escritor español aspira una pervivencia absoluta, sin restricción alguna, incluso referida a todas las cosas. Pues si para la ciencia, el mundo material camina, por la degradación de la energía, hacia una especie de homogéneo final, él se pregunta si acaso el universo, que empezó con un cero de espíritu y un infinito de materia, no

27 Cap. XI *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 237

28 Cap. III *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 199

29 Cap. V *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 106

terminará con un infinito de espíritu y un cero de materia. Recuerda en este punto al poeta Antero de Quintal que soñó que había un espíritu preso en la naturaleza y que todas las almas despertarían un día en la conciencia.

En realidad, no sólo se busca la propia pervivencia, sino que también se anhela la de todo lo existente, incluso la de esa estrella que vacilante parpadea en el cielo. Éste es el máximo de pervivencia imaginable, si no se ponen límites a los deseos: ser siempre, serlo todo, sed de eternidad. Unamuno aspira a ser él mismo y sin dejar de serlo, adentrarse a la totalidad de las cosas visibles e invisibles, extenderse a lo ilimitado del espacio y prolongarse a lo inacabable del tiempo³⁰. El capítulo X *Del sentimiento trágico de la vida* se dedica a estas ensoñaciones que escenifican el máximo de pervivencia deseable para todo el Universo:

.. Ahí está esa masa informe, parece una especie de animal, no se le distinguen miembros, sólo veo dos ojos y ojos que me miran con mirada humana, de semejante, mirada que me pide compasión, y oigo que respira, y concluyo que en aquella masa informe hay una conciencia. Y así y no de otro modo, mira el creyente el cielo estrellado, con mirada sobrehumana, divina, que le pide suprema compasión y amor supremo y oye, en la noche serena, la respiración de Dios que le toca el cogollo del corazón, y se revela a El. Es el Universo que vive, ama y pide amor...³¹

Don Miguel también se plantea la vuelta de todo a Dios, la apocatástasis paulina o el triunfo final de la conciencia, del espíritu, de la divinización o humanización de todo. A su juicio, ¿no sería un término ideal al que nos acercaremos sin cesar, y al que nunca llegaremos? ¿No es la eterna esperanza, eterna felicidad³²? Unamuno reconoce que son preguntas sin respuesta, pero no por ello renuncia a formularlas. Piensa que la apocatástasis paulina es un grandioso modo de expresar la solidaridad final humana.

Se hace también la siguiente reflexión: ¿sacrificaría mi conciencia individual, mi «pobre conciencia», en aras a una eternidad sin recuerdo alguno y sin esperanza? Una eternidad sin memoria y sin esperanza ¿no se parecería más a la muerte que a la vida, a las ideas muertas que a los hombres de carne y hueso? Don Miguel se declara partidario de un eterno acercarse sin llegar nunca, un eterno presente, incluso un purgatorio, antes que un morir de la propia conciencia.

Siguiendo por este camino de ensueños, Unamuno se pregunta por quienes se salvan. Piensa que se salvarán aquéllos que anhelaron salvarse, los que vivieron aquejados del hambre de inmortalidad. Quizá en ello consista en lo que

30 Cap. III *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 54

31 Cap. IX *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 174

32 Cap. XI *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 210

se ha llamado el pecado contra el espíritu: no desear que Dios exista, implica no desear eternizarse y no es injusto no conceder lo que no se ha deseado. Hay que querer creer en la otra vida eterna, individual y personal para merecerla, pues de ese conflicto trágico, entre la razón y el sentimiento, puede surgir, a juicio de Don Miguel, una ética, una estética y una religión. Así, del abismo de la desesperación, puede surgir la esperanza, fuente de acción humana, de solidaridad y hasta de progreso³³.

Una vez que Don Miguel ha dado rienda suelta a su imaginación y ha expresado sus deseos sin límite alguno, los máximos de pervivencia, se plantea también los mínimos irrenunciables, pues la inmortalidad puede lograrse de muchas formas y en diversos grados y no quiere prescindir de ninguno de ellos. El mínimo de pervivencia al que se aspira, consciente o inconscientemente, es a dejar recuerdo o memoria en la mente de otros individuos. Los héroes y los artistas, los mismos escritores, buscan, de hecho, perpetuarse a través de sus obras y de sus actos. Así, Don Quijote buscaba la fama porque no se resignaba a perecer y quería que perduraran sus acciones a través de los siglos. Así, buscan los padres perpetuarse en los hijos. Así, cada uno reivindica la autoría y valor de su propia obra, por muy pequeña que sea.

V. LA SED DE ETERNIDAD Y EL AMOR ENTRE LOS SERES HUMANOS

Si el individuo se moviera exclusivamente por el mero instinto de conservación que dicta los actos egoístas, la especie humana hace tiempo que hubiera desaparecido. En el orden de la vida también se cuenta con el instinto de perpetuación que origina la sociedad humana y el mundo espiritual. Gracias al amor, advierte Unamuno, sentimos todo lo que de carne tiene el espíritu³⁴. Pero incluso el mismo amor está estrechamente vinculado con el sufrimiento, pues incluso los amantes no llegan a amarse plenamente, a fundir sus almas, hasta que «*el dolor no ha triturado sus corazones...en un mismo almirez de pena*»³⁵. Observa que los seres humanos experimentan³⁶ el más intenso amor espiritual cuando han sufrido juntos un mismo dolor, cuando han compartido un mismo sufrimiento. Entonces, conociéndose profundamente en su desvalimiento, se compadecen y se aman. De ahí su afirmación de que las almas se

33 Cap. V *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 123

34 Cap. VII *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 126

35 Cap. VII *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 129

36 Unamuno advierte un carácter trágico incluso en el amor sexual, pues, por una parte, vivir es darse, perpetuarse y, en esa medida, supone, de algún modo, morir. Lo que perpetúan los amantes está condenado a ser carne de dolor. Sin embargo, de este amor carnal, puede surgir un amor espiritual también doloroso. Cap. VII *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 128

unan en dolor y de que amar sea compadecer. En los amores que nos describen las grandes Tragedias, cuantas más dificultades encuentran los amantes, más intensa es la atracción que les hace buscarse uno al otro. Pues crece el dolor de no poder quererse libremente y entonces se compadecen uno del otro, lo que impulsa y fortalece su amor.

De un modo similar, el amor para consigo consiste en sentir la propia nada, la fragilidad y la inestabilidad. Por ello, se compadece uno de sí mismo, de su propia finitud, y de ahí brota el amor espiritual, al sospechar que al igual que se procede de la nada, se volverá a la nada. De ese sentir la propia nada, que puede llevar a la desesperación, también puede brotar el amor espiritual o la compasión hacia todos los semejantes³⁷, incluso por todo lo que vive y dejará de ser: «*chispas de conciencia que brillan un momento en las infinitas y eternas tinieblas*»³⁸. Así, el amor personaliza todo cuanto ama y despierta la sensibilidad para sufrir. Cuando el amor crece, se extiende a todo y el dolor es el vínculo que realmente nos une con las cosas y nuestros semejantes. Si el amor lamenta lo caduco es porque anhela lo eterno

Este es el principio de una ética que se rige por el cuidado de la vida. El llamado amor universal, fruto de un sentimiento de compasión generalizado, se origina por amor a la vida y a todo lo que vive, ante el descubrimiento de su carácter pasajero. También por amor, por compasión, se llega a personalizar al Universo, y dándole conciencia, se le otorga personalidad para salvarlo de la nada. Se tiende a animar lo inanimado y a humanizar lo viviente, incluso lo existente, para salvar el carácter perecedero de las cosas y poder eternizarlas. Como Schopenhauer, para Unamuno la compasión se convierte en el fundamento de la moral que nos permite descubrir la unidad de todos los seres en el dolor. Pero a diferencia de Schopenhauer, Don Miguel vincula el amor y la compasión con la esperanza, pues considera que lo propio del amor es esperar contra toda desesperanza y mirar de frente al porvenir. La congoja de sentir que todo pasa, nos revela al tiempo el consuelo de lo eterno³⁹ y nos permite crear lo que no vemos.

37 «*Los hombres encendidos en ardiente caridad hacia sus prójimos, es porque llegaron al fondo de su propia miseria, de su propia apariencialidad, de sus nadertás, y volviendo luego sus ojos así abiertos hacia sus semejantes, los vieron también miserables, aparienciales, anonadables, y los compadecieron y los amaron*». (*Del sentimiento trágico de la vida*, p. 130)

38 Cap. VII *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 131

39 Para Unamuno el anhelo de dar finalidad al Universo puede llevar a creer en Dios, a querer que haya Dios. Concibe la fe en Dios como esperanza en Él. Es el amor lo que nos hace creer en Dios en quien esperamos, y de «*quien esperamos la vida futura*» (cap. IX *Del sentimiento trágico de la vida*). Creer, además, es una forma de conocer, aunque sea conocer nuestro anhelo vital y la esperanza es una forma de la fe que nos hace ser capaces de soñar nuestra propia vida.

En definitiva, Don Miguel funda su ética y orienta su acción, a partir del sentimiento trágico de la vida, de ese permanente combate entre el deseo de pervivencia y la constatación de la finitud de las cosas, de modo que, del fondo mismo del abismo, pueda surgir la esperanza y la solidaridad. Por muy absurda que la idea de pervivencia le parezca al racionalista o al científico, piensa que hay que anhelar algún modo de pervivencia y creer en ella para vivir esta vida y «darla sentido y finalidad». Como señala Pedro Cerezo⁴⁰, Unamuno desarrolla una moral solidaria a partir del amor compasión, que lleva a descubrir un mismo destino de muerte y una misma vocación de trascendencia. El ser mortal es un ser indigente y desvalido que, desde el sentimiento de su propia contingencia, se siente vinculado con los otros y preocupado en su destino. El amor, la raíz común de eternidad, nos descubre lo que de eterno puede haber en nosotros y en nuestros prójimos⁴¹.

VI. CONSIDERACIONES FINALES

Para terminar habría que resaltar el afán de Unamuno por confesar sus contradicciones, sus sospechas de que el ser humano es perecedero y, al tiempo, sus deseos de pervivencia de todo tipo. Incrédulo con necesidad de creer, quiso creer en lo que esperaba y dialogar con incrédulos y creyentes que siempre albergan alguna duda en su interior y no acallan la sospecha de que «quien sabe», «¿y si quizás...?». Pensador libre, se empeñó en buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad⁴², y así su apasionada incertidumbre, le hizo obrar y comprometerse. Lejos de suspender su juicio y su acción, prefirió rebelarse como los héroes de las Tragedias, sacar fuerzas de flaqueza y oponer resistencia al destino. Como aprendió de un autor querido por él, Sénancour: «*perezcamos resistiendo y si la nada nos está reservada hagamos que sea una injusticia*» (Obermann).

La máxima moral de Unamuno fue: *obra de tal modo que merezcas a tu propio juicio y a juicio de los demás la eternidad, que te hagas insustituible, que no merezcas morir*⁴³. Dicho de otro modo, obra como si hubieras de morirte mañana, pero para sobrevivir y eternizarte; proponte dar de sí cuanto puedas, cada uno en su «*propia vocación y oficio*»⁴⁴, así te harás insustituible. En definitiva, el recuerdo que se deja a los otros es el testigo del valor que se

40 P. Cerezo, *Las máscaras de lo trágico: Filosofía y Tragedia en Miguel de Unamuno*, o.c., p. 460

41 La sed de eternidad es lo que se llama amor entre los hombres y quien a otro ama es que quiere eternizarse en él (*Del sentimiento trágico de la vida*, p. 56)

42 M. de Unamuno. *Mi religión*

43 Cap. XI *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 225

44 Cap. X *Del sentimiento trágico de la vida*.

ha otorgado a la propia existencia. De este modo, la conducta se convierte en la mejor prueba del anhelo supremo, y la práctica sirve de prueba a la doctrina. Si no hay una finalidad fijada de antemano, al ser humano no le cabe más que reaccionar al absurdo y crear imaginativamente un sentido que oriente la existencia y unos valores que guíen la acción. Su postura anticipa la que años después adoptará Camus: ante el absurdo, se exige la rebelión y el compromiso en la transformación de la realidad injusta en la que ha tocado vivir. Se comprueba que Unamuno no quiso instalarse en la desesperación que paraliza, sino que trató que de ella brotara una vida vigorosa, una acción y una ética, sin importarle que le acusaran de falta de pruebas racionales o de argumentos científicos. La creación, que busca otorgar realidad a lo que merece ser inmortal, se convirtió en su modo de redimir el sufrimiento.

Por último, hay que observar que la reflexión sobre la muerte no suele estar presente en nuestros días, por mucho que sea un hecho ineludible ante al que hay que situarse y abordar interiormente. Pero, ¿es posible eludir el hecho del final de la propia existencia? Don Miguel se esforzó por provocar a sus lectores, con tal de avivar la inquietud y el anhelo, e incitar la reflexión apasionada sobre el propio vivir, sobre su término y sentido. Era su modo de hacer despertar la interioridad de cada individuo. Ciertamente, y como se ha comprobado, no buscaba una visión beatífica, ni la quietud del nirvana, sino acrecentar la conciencia⁴⁵ aunque ello suponga dolor y conflicto. En muchas ocasiones, sus reflexiones seguirán siendo para sus lectores un grito de rebelión que clama en el desierto. Pero, aún con todo, cabe esperar en que algún día, al menos para alguien, el desierto oiga y se convierta en *soledad sonora*⁴⁶.

ALICIA VILLAR EZCURRA es Catedrática de Filosofía en la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid), actualmente Directora del Departamento de Filosofía, Humanidades y Comunicación; ha sido Vicerrectora de Estudiantes y Servicios (2000-2003)

Publicaciones recientes:

El irracionalismo. 2 volúmenes. Madrid, Síntesis, 2000

La Conversación de Pascal con el Sr. de Sacy. Salamanca, Sígueme, 2006; «La compasión en Rousseau y Kant». *Revista Portuguesa de Filosofia*. Tomo 61, fasc. 2, 2005, Braga.

Dirección electrónica: avillar@chs.upcomillas.es

45 Cap. X *Del sentimiento trágico de la vida*

46 Fin *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 271